



# Samuel I. del Villar o la inteligencia intransigente

HÉCTOR VASCONCELOS

Harvard fue nuestro primer vínculo. Cuando yo terminaba mis años de *undergraduate*, Samuel ya destacaba por su perspicacia en el posgrado de derecho de Harvard. Quizá mi prolongada ausencia de México durante la adolescencia y la primera juventud explica que no nos hayamos encontrado antes, pese a los incontables amigos que teníamos en común. Nos tratamos durante más de 30 años, pero fue sobre todo en los últimos tiempos cuando nos acercamos y pude admirar, cada vez más, su deslumbrante inteligencia y disfrutar su singular sentido del humor.

Desde los años de su revista *Razones*, había observado en sus textos y en numerosas conversaciones su vasto conocimiento de la escena política e intelectual de México. No sólo conocía los entretelones de la actualidad política sino —algo mucho más raro— también las tradiciones ideológicas del país: la tradición liberal tanto como el pensamiento conservador del siglo XIX, es decir, las raíces ostensibles u ocultas del debate actual. De todo ello Samuel derivaba la necesidad de que en México se estableciesen dos o tres valores supremos en torno de los cuales el país debería reconstruirse: la legalidad; la honestidad personal y colectiva; el ejercicio de las libertades y la democracia.

Siempre despertó mi curiosidad que un hombre con tales dotes intelectuales y semejante formación se declarase católico, esto es, devoto de un credo cuyas premisas son por lo menos cuestionables desde un punto de vista histórico y filosófico (para no referirnos al enfoque científico de la realidad). Mucho hablamos del tema a lo largo de los años. Él admitía que no se había mantenido al corriente de las investigaciones que en el último medio siglo han aportado más al estudio de los orígenes y la naturaleza del cristianismo que todo lo que se supo en los casi dos mil años anteriores. Acabé por aceptar que en la cuestión religiosa suelen predominar factores emocionales, siempre relacionados con la biografía personal, que no son asequibles a la lógica (o como me dijo alguna vez Carlos Pellicer: “soy católico porque un día, en un tren en la Toscana, vi por la ventanilla un maravilloso atardecer y me dije que eso no podía ser más que obra de Dios”). La inte-

ligencia de Samuel estaba más abocada a cuestiones relacionadas con su profunda preocupación por México, es decir, con su patriotismo.

En 2003 un grupo de ciudadanos nos manifestamos públicamente en defensa y por la promoción del laicismo del Estado mexicano. Me interesaba particularmente contar con la adhesión de Samuel del Villar, precisamente por su declarada filiación religiosa. Tal era su respeto por la Constitución, la legalidad y las tradiciones que han constituido a nuestro Estado que estuvo dispuesto a firmar aquel desplegado que él contribuyó a moderar y cuyas consecuencias personales para mí han resultado obvias. Durante semanas discutimos a fondo cada línea del texto, cada concepto, cada adjetivo. Samuel creía profundamente en los atributos de un Estado moderno, imparcial, incluyente, acorde con nuestra historia. Me atrevo a pensar que su amor a México y su fe en la posibilidad de construir un país mejor estaban, para él, por encima de todo.

Desde la tragedia griega, sabemos que nuestras virtudes no son sino el anverso de nuestros defectos y ambos —inextricablemente lo mismo— constituyen nuestro sino. Sé que algunas de las actuaciones de Samuel —su gestión como procurador del Distrito Federal en particular— resultaron controvertibles. Sucede que los altísimos ideales y la integridad incólume de Samuel se traducían también en rigidez, intolerancia y una cierta tendencia a dividir el mundo entre buenos y perversos, los que están conmigo y los que están en contra. Esa intransigencia, esa incapacidad para aceptar los claroscuros de la conducta humana me recordó siempre, en Samuel, el talante de mi propio padre.

Ahora que densos nubarrones oscurecen el horizonte político, nos será dado echar de menos la capacidad analítica de Samuel. Mucho nos habría orientado su lucidez en los años por venir. Pero no quiero apartarme de estas líneas con tantos sentimientos de tristeza y ausencia. Quiero recordar al entrañable amigo cuando nos desternillábamos de risa (¿en respuesta a mis irreverencias?) en el restaurante Locke Ober's de Boston y en tantos otros lugares. Su inteligencia era una fiesta de la que yo era adepto.